

«Fair Rosamond», en Port-Stephen, y que había venido á la bahía de Fox para esperar la goleta correo «Estrella».

—¿Puede usted aposentarme en su casa hasta la llegada del barco?—pregunté al concluir mi relato.

Mister Hurst quedóse algo pensativo.

—¿No le gustaría tomar una taza de té?—me preguntó para ganar tiempo.

—Gracias—le interrumpí;—necesito que me conteste usted ahora mismo; mi guía está esperando afuera hasta saber si tengo alojamiento, para volverse inmediatamente y llegar á Double-Creek por la noche.

Me ofreció otra vez té, pero le reiteré mi súplica y fué á consultar el caso con su señora. Dos minutos después estaba todo arreglado, y durante las ciento cuarenta y cuatro horas (seis días) que estuve en la bahía de Fox, fuí agasajado de la manera más cortés por la amable familia de mister Hurst. Su hijo, Roberto, me acompañó continuamente en mis excursiones. Era un espavilado é inteligente muchacho, cuyo entusiasmo patriótico no tenía límites. Se había aprendido de pe á pa la historia de Inglaterra, sobre todo las modernas expediciones militares á las Indias y al Sudán; poseía además un voluminoso álbum con la lista de todos los buques de la marina inglesa, cuyos nombres se había aprendido de memoria. Durante las veladas disputábamos sobre la guerra sudafricana; él era un imperialista de pura sangre; yo, en cambio, era partidario de los boers; pero, á pesar de esto, nos hicimos íntimos amigos.

En una de nuestras excursiones realicé un descubrimiento que me interesó sobremanera: la fina piedra arenisca que dividida en láminas delgadas se encontraba

por todas partes en las pendientes de la orilla, abundaba en fósiles pertenecientes á la misma forma marina devoniana, que fué descubierta por Darwín, hacia el año 30 en Falkland Oriental. Además de las clases que existen en la colección de Darwín, encontramos también muchas nuevas, entre ellas y en primer lugar, una de *trilobita* de la especie de los artácidos, ahora extinguida, y relacionada con la familia de los cangrejos. Para dar á mi compañero de excursión una idea de la naturaleza del hallazgo, le expliqué que era una langosta. Ignoraba mi amigo que tan sabroso crustáceo viviese en el mar, aunque él por experiencia propia, lo conocía por encontrarlo en latas de conserva; cuando supo que también existía en las piedras areniscas, su admiración no tuvo límite.

El 27 de marzo llegó la goleta «Estrella». A su salida de Port-Stanley, dos días antes, no había llegado aún el «Antártico», pero se le esperaba de un día á otro. Al despedirnos en Sandefjörd me dijo en broma el capitán Larsen que para el regreso del «Antártico» á Port-Stanley procurase tener á su disposición una buena provisión de ocas recién cazadas. Para cumplir su encargo me dirigí con el amigo Roberto durante la mañana del 28 á unas praderas, donde habíamos visto, en una excursión anterior, muchas de estas palmípedas, tanto de la especie mayor llamada «oca de las alturas» como de la más pequeña y corriente.

Resultó la caza más fácil de lo que pude figurarme: me fuí hacia un grupo de ocas que se alejaron muy poco, puse los cartuchos en fila delante de mí y empecé á tirar. Cuando caía una, las otras se acercaban más mirando con curiosidad la compañera muerta. Después que matamos quince pensé que no podríamos llevar más carga

y regresamos á casa, donde me encontré con la noticia de que había llegado la goleta «Estrella». Despedíme afectuosamente de la familia Hurst y por la tarde nos hicimos á la mar.

Después de un viaje muy rápido y agradable, doblamos al día siguiente por la mañana el cabo Pembroke y el faro de entrada de Port-Stanley. Con viva ansiedad subí sobre cubierta cuando la goleta «Estrella» cruzaba la estrecha boca del puerto.

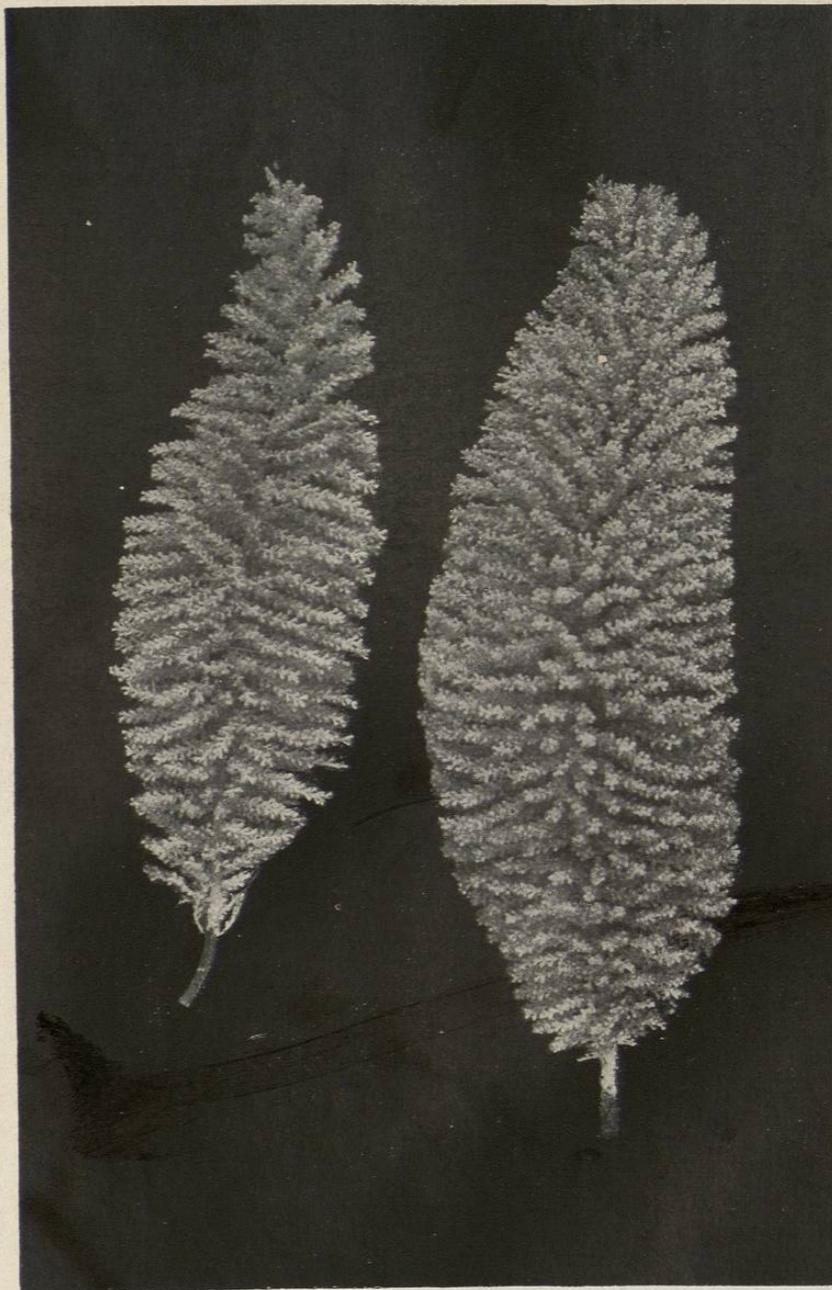
¿Estaría allí el «Antártico», portador de nuevas de la expedición, ó tendría que quedarme aún en Port-Stanley esperándolo, sin poder alejarme ni realizar más excursiones?

La goleta avanzaba hacia las rocas de la orilla. Si, en efecto, allí estaba, era fácil de reconocer por su alto aparejo y su blanco barril de vigía. El viento nos era enteramente contrario, pero la goleta era una excelente embarcación, y pronto se encontró á la altura del «Antártico» parándose delante de su proa.

Vi sobre cubierta un grupo de viejos amigos que me saludaban con los pañuelos. Vi la ancha y robusta figura de Larsen, el alto y delgado Skottsberg, Karl Andreas y los antiguos compañeros de la expedición del «Antártico» al Mar Glacial del Norte en 1898, Oklin y Haslum.

Apenas hubo echado el ancla nuestra goleta atracó el bote del «Antártico» á un costado: en él iba el primer piloto Andreasen, que venía á buscarnos. Los saludos en noruego resonaron en mis oídos con el agradable acento nativo: durante dos meses casi no había oído otro idioma que el inglés.

Pronto estuve á bordo del «Antártico». Larsen me abrazó en seguida cordialmente y me rodearon mis anti-



Coral ramificado al exterior de la isla de Seymour, á 150 metros de profundidad.
9/10 de su tamaño natural.



Ventisquero de Hamberg y los últimos canchales.

guos camaradas, detrás de los cuales se encontraban dos hombres para mí desconocidos.

El más pequeño era el artista americano Stokes, de regreso ahora á su país; el otro, alto y fuerte, rubio y de poblada barba, me habló en sueco. Era el teniente Duse, el cartógrafo de la expedición que subió á bordo del «Antártico» en Falmouth y que por esta razón no conocía. Llovían sobre mí noticias de la expedición; me decían que Nordenskjöld y sus cinco compañeros de internada habían sido desembarcados en Snow-Hill, es decir, cerca de la isla de Seymour, donde Larsen, en 1893, encontró los primeros fósiles antárticos. Esta noticia prometía mucho en lo relativo á los trabajos geológicos. De todas partes sacaban fósiles encontrados en el emplazamiento de la estación de Snow-Hill. Eran grandes, abundaban los ejemplares de amonitas, pertenecientes sin duda á la formación cretácea y constituían por consiguiente el más precioso hallazgo para el estudio de aquellas regiones. Me enseñaron muestras de todas clases, Skottsberg había recogido muchas variedades de algas del Mar Glacial del Sur y Karl Andreas me explicó que había hallado cerca de la isla de Seymour una de las más raras especies zoológicas marítimas, el singular *cefalodiscus* descubierto en 1871 por la expedición del Challenger; pero que desde entonces no había vuelto á encontrarse. Duse me narró un viaje muy notable para la costografía á lo largo de la costa nordeste de la Tierra de Luis Felipe y Larsen me describió cómo el «Antártico» estuvo á punto de naufragar cuando, de regreso, tuvo que capear un violento temporal en la isla de Shetland del Sur.

Con suma admiración y tal vez con cierta envidia, escuchaba á aquellos hombres que ya habían librado su

primera campaña en los mares helados del Sur, consiguiendo reunir datos tan importantes como los expuestos y narrando los peligros que corrieran con la mayor sencillez. Me comunicaron también que el «Antártico» había tomado su provisión de carbón en Ushuaia (*) y que, como el invierno se iba acercando, estaríamos pronto listos para salir de nuevo hacia la Georgia del Sur (**). Me sentí feliz y orgulloso pudiendo ir ya en su compañía, trabajar con ellos y compartir su suerte.

Pronto estuve de nuevo instalado en uno de los camarotes del viejo «Antártico» que tan familiar y querido me era desde la memorable excursión al Mar Glacial del Norte de 1898.

Siguieron algunos días de bastante trabajo. Carpinteros navales de la Compañía de Falkland repararon las averías sufridas por el «Antártico» durante la memorable tempestad. Varias colecciones fueron empaquetadas y llevadas á tierra, donde debían quedar hasta nuestro regreso, y donde escribimos una minuciosa correspondencia. A ratos perdidos nos reuníamos en amistosa tertulia.

Las hospitalarias moradas de la pequeña ciudad estaban siempre abiertas para nosotros y los oficiales de los buques de guerra ingleses,—el crucero «Cambrian» y el cañonero «Basilisk»,—nos agasajaron cumplidamente y nos prometieron escribir un apropósito escénico sobre viajes antárticos para la pantomima que estaban ensayando con las señoritas de Stanley, si accedíamos á quedarnos hasta el día del debut.

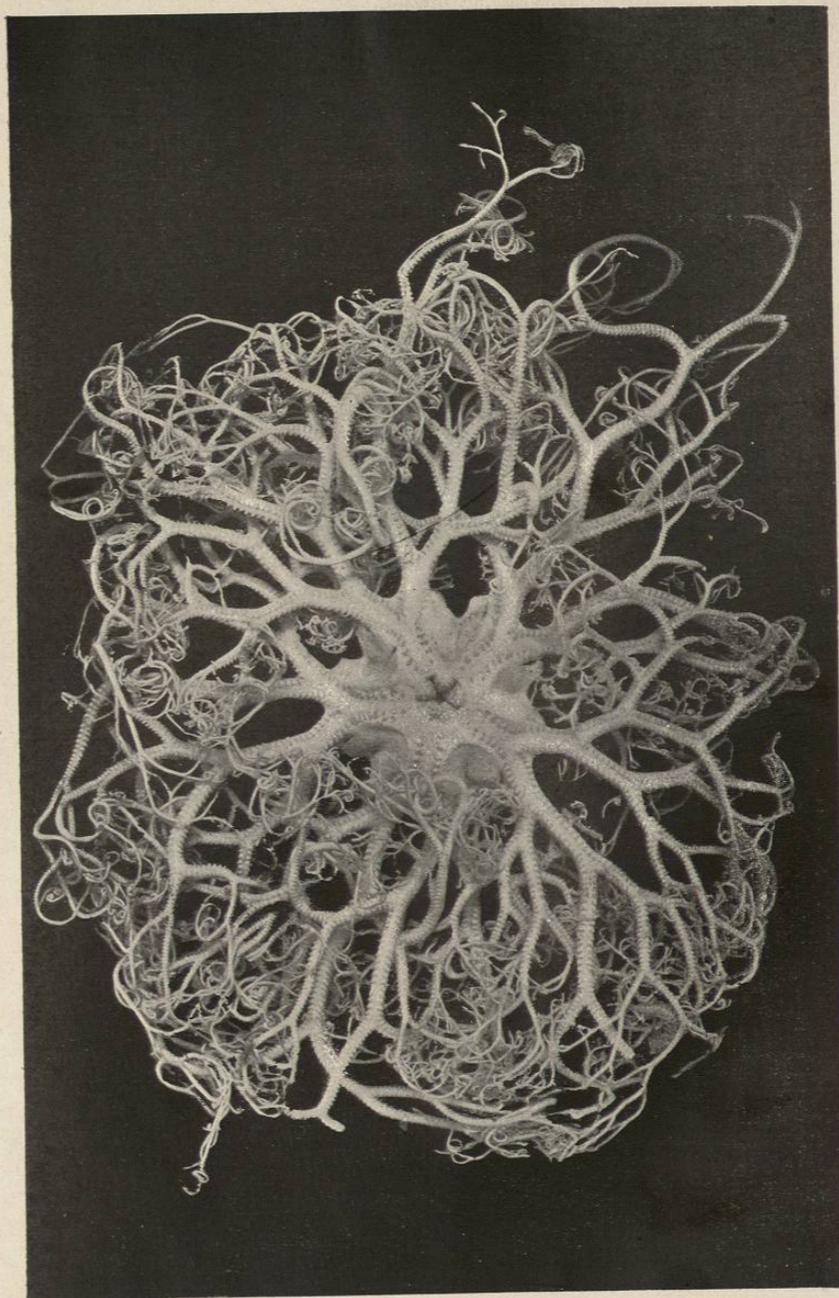
Pero el 11 de abril por la mañana todo estaba listo

(*) Bahía en el extremo meridional de la isla Grande de la Tierra del Fuego.

(**) Isla del Atlántico situada al E. de la Tierra del Fuego, cerca del Mar Glacial del Sur.

para salir. A las diez levó anclas el «Antártico» y pasó por delante de los buques de guerra con la bandera abatida, mientras el himno nacional sueco resonaba sobre la cubierta del «Cambrian».

Desde el buque inglés «Cypromene» fuimos saludados con hurras y desde la ciudad los alegres muchachos de Stanley nos enviaron su último adiós cuando salimos para nuestro viaje invernal, en aquella mañana de sin igual hermosura.



Gorgonocefalo.
Asteroide pollicerato. Bancos de Burdwood, á 140 metros de profundidad. — 3/5 partes de su tamaño natural.